

El vuelco del cangrejo: La voracidad de la metáfora

Daniel Parra Mejía

En *El vuelco del cangrejo* vemos una película que exalta los elementos principales del género de viajes, es decir: un protagonista con un deseo, un antagonista, uno o varios aliados o ayudantes, y una distancia recorrida por el personaje principal en tiempo y espacio, pero sobretodo, en su subjetividad. Un recorrido por sus personajes levanta un mapa por las estaciones sentimentales de la costa pacífica colombiana.



El protagonista responde al nombre de Daniel, de tez blanca, rapado, un tanto silencioso. Se interna en la selva del pacífico colombiano para llegar a La Barra. Desde las primeras secuencias se le reconoce como el forastero, lleva una maleta al hombro, es delgado, su cara se baña completamente en sudor y su agitada respiración es acallada por los sonidos de la selva espesa. Camina lento, con dificultad. Hay en su mirada el carácter de un observador, en un sentido visual y escrito. Cuando llega al pueblo deja conocer por qué ha ido hasta allí: quiere salir del país y busca con urgencia una lancha que lo ayude. Éste es su objeto y para encontrarlo pasará por varios obstáculos. El primero es hallar quién le ayude.



La cámara ha entrado junto con el protagonista a una casa, moviéndose de izquierda a derecha entra en el cuadro

un personaje, se sienta y de un tiro dispara la frase: "Mi nombre es Arnobio Salazar Riva, conocido como Cerebro en todo el continente del mundo". Este primer diálogo ejemplifica varias de las reglas que se resaltan en los manuales para la construcción de un guión: la primera, caracterizar a quien habla, Cerebro es líder de su comunidad; la segunda es que refleje la disposición del personaje, se entiende que sea quien sea a él se le llamará Cerebro; la tercera regla consiste en el talante del personaje, que de entrada nos advierte cómo se comporta él, de frente. Acto seguido, un paneo del interior de su casa, saltan a la vista los objetos que refuerzan al personaje, un afiche de Bob Marley -líder emblemático-, las redes de pesca -su oficio- y un tambor -su rol social en las fiestas-. Por sus acciones y diálogos corre buena parte de la acción de la película. Cerebro es el tipo de líder que da clases de historia de la región a Daniel, le habla de las personas del pueblo, de lo que anhelan en comunidad y lo pone al tanto de la situación actual, eso quiere decir, de la problemática por la que atraviesan. En conjunto él representa la lucha histórica por el territorio afrocolombiano, reclamo que data desde la esclavitud, un fantasma inespantable de sus tierras, el presente irresuelto. Y en el drama de la película se ve con nombre y rostro este conflicto, lo encarna un sólo personaje, pero se sabe, representa la punta del iceberg.



Se le conoce como el Paisa. Es el otro blanco que vive en La Barra, cabello rubio claro y ojos verdes o azules. Usa camisas manga larga, pantalones con varios bolsillos, botas de caucho, le cuelga un arete pequeño de su oreja derecha y es confianzudo al hablar. Tiene la lancha más moderna y sale clandestinamente en las noches a pescar, sabiendo que en el pueblo hay escasez de pescado. Todas las mañanas saca del interior de su casa cuatro parlantes de 90 centímetros cada uno, los apila en dos columnas y pone una canción. Él representa al colonizador de tierras, el llamado yanqui de Sudamérica: el paisa. Su individualismo y sagacidad chocará con los planes de la comunidad, él quiere implantar la propiedad privada, tumbar el monte, ampliar, parcelar la tierra y atraer el turismo. Quiere construir un hotel: en tres tablas horizontales se lee "Hotel El Paraíso. Próximamente: habitaciones, baño, TV, piscina. Siéntase como en su casa". Un antagonista que con dinero trata de convencer a jóvenes para que cambien de parecer.



En la travesía Daniel conoce una dulce niña que se convertirá en su fiel aliada, Lucia. La interpretación del personaje es sencillamente elocuente, encantadora, profundamente situada y madura. Un personaje que poetiza la grácil inocencia. Éste es su primer diálogo: “Mi nombre es Lucía y usted ¿Cómo se llama? Don Daniel. Entonces, yo me llamo Doña Lucía”. En una actriz como ella, se personifica la fuerza emocional de los llamados actores naturales cuando la cámara capta, como dice Alberto Blanco, el corazón del instante, aquella luminosidad y presencia del gesto deslumbrante cotidiano que nos conecta con la prehistoria de la humanidad.



Al realizador e ideólogo Oscar Ruíz Navia se le agradecerá el paciente trabajo de fotografía, los planos secuencia de su narrativa y la invitación implícita a conocer este sitio de rodaje con los contemplativos planos largos. La dirección de fotografía y la dirección arte iluminaron y levantaron frescos paisajísticos, retratos y naturalezas muertas para el museo que organiza el espectador luego de terminada esta obra.

El primer largometraje del director son muchos temas colombianos (afrocolombianos, territorio, violencia, historia, cuestionamientos sobre el progreso) volcados y devorados por una metáfora, *“para que el espectador pudiera imaginarse lo que quisiera, así no sería una única película, sino como tantas personas la vean, tantas versiones existirán”*, palabras del director.

Daniel Andrés Parra Mejía. Periodista y escritor colombiano.